Amor Peligroso

Leticia Arteaga Billón

Capítulo 1

PROLOGO

"La luz es la mano izquierda de la oscuridad; la oscuridad es la mano derecha de la luz. Las dos son una, vida y muerte, juntas como amantes."

(Úrsula K. Le Guin)

"No lo entiendo" susurró ella *"Ya no sé qué es correcto, qué es real, ya no sé qué hacer... Todo ha cambiado. De un día para otro, ya nada existe para mí. Me siento perdida"*

"No sufras, déjame ayudarte. Yo seré tú guía en la oscuridad. Te cogeré de la mano y pronto tus ojos se acostumbrarán"

Y entonces ella simplemente se dejó llevar más y más profundo al mundo de la Oscuridad

Capítulo 2

Capítulo I: Ojos brillantes

NARRA CATHERINE

Tin-tinini-ti.

Og... ¿Éso era el despertador? ¿Ya era de día?

Ti-tinini-ti Oh, Mierda.

Golpeé la mesita de noche varias veces con la palma de la mano hasta que el maldito cacharro que mi madre me había regalado por Navidad se calló. ¿Había algo más desagradable que despertarse con ese chirriante sonido? Gruñí un poco mientras me deshacía de las sábanas y me ponía en pie de un salto. Ya escuchaba en la planta inferior a mis padres. Aún tenía tiempo para llegar a clase. Deslicé la mano por el reproductor de sonido y la música inundó el dormitorio.

Empecé a cantar casi de momento, mientras abría el armario al ritmo de la música. Una de las canciones favoritas de mi infancia. *Step Up* , The Cheetah Girls. Amé esa película desde el día de su estreno. Quizá porque me gustaba Dorinda y cómo bailaba. Quizás Disney Channel tuvo la culpa de mi amor por la música y las artes. Bah, quién sabe.

Mientras dejaba la ropa sobre la cama y me desprendía de la camiseta del pijama, quedándome con un deportivo sujetador negro de espalda cruzada, mi hermana entró en el cuarto con un cepillo como micro, atraída por la música. Era el estribillo, nuestra parte favorita. Mientras yo hacía la voz principal, ella hizo los coros, las dos bailando por el cuarto:

-Step Up!

-It´s time to work it

-Say it proud!

-Gonna do it for real

-Say it loud!

-It´s time to dance step up and shine the way it feels!

Y así seguimos hasta que mi madre asomó la cabeza por las escaleras, recordándonos que llegaríamos tarde a clase, para variar. Luego agregó

que estaba mejorando mis altos, y volvió a la cocina.

-Cat, ¿no pensarás ponerte esa ropa, verdad?- exclamó mi hermana, observando con desagrado la sudadera gris que estaba tirada en la cama.- No puedes ir siempre en chándal. Es tu último año de instituto, demuestra que eres una veterana.

-¿Y tú desde cuándo sabes lo que se lleva en el instituto? ¡Aún te queda este año para entrar!

Ella me lanzó una mirada divertida para después sonreír alegremente.

-Y aún así visto mejor que tú.

No valía la pena argumentar en contra de esa firmación. Zoey tenía un gusto exquisito, no en vano se pasaba las tardes viendo desfiles de moda en *Youtube*, asistía a talleres de costura desde que pudo decir "zurzido" sin trabarse e insistía en acompañar a mamá a todas las tiendas para saber qué estaba de moda.

-Está bien.- abrí las puertas del armario.-Todo tuyo.

Mientras mi hermana escogía la ropa, cambié de canción. Comencé a repasar algunos pasos de hip hop que había estado practicando la última semana. Zoe dejó caer unos vaqueros negros con descosidos en las perneras, una blusa blanca de tirantes y un jersey burdeos, junto con unas botas blancas altas y de tacón grueso. Me vestí sin protestar, me cepillé el pelo dejándolo suelto y ondulado a mi alrededor. Cogí una boina negra de las muchas que colgaban en mi perchero y un pañuelo blanco con topitos rojos. Zoe me dio su aprobación antes de que las dos bajáramos a la cocina, donde mi madre y mi padre estaban desayunando tranquilamente. Raro. Papá ya debería estar en el trabajo.

-Buenos días.- dijimos mi hermana menor y yo a la vez.

-Buenos días, niñas.- saludó mi padre, dejando caer el periódico a un lado de la mesa y tomando un sorbo de café. Yo cogí un cuenco de cereales y un vaso de zumo.- Bonitos altos, Catherine. No se notaba que estabas recién levantada.

Me reí.

-Gracias, papá, hago lo que puedo.

-Bonito conjunto.- alabó mi madre, mirándome con una sonrisa ladeada.- Buen trabajo, Zoey.

-Yo también hago lo que pudo con la materia prima que se me da.- rió mi hermana, encogiéndose de hombros

-¡Eh!, ¿cómo sabes que no lo elegí yo?- Mi madre puso lo ojos en blanco mientras bebía otro sorbo de su café.

-¿Tú?- mi padre se echó a reír al intervenir, mientras se levantaba de la mesa y le daba un beso a mi madre antes de salir por la puerta y agregar- Si fuese por ti, irías a clase en pijama.

-¡Y me mantearían por ello!- le grité en respuesta.

Mi madre me tendió una bolsa con mi almuerzo y miró el reloj.

-Quince minutos, Catherine.- me advirtió.

Asentí, terminando mi desayuno y poniéndome en pie. Les di un beso a ambas antes de agarrar mi mochila y las llaves de mi coche. Amaba mi todoterreno. Grande, resistente y azul brillante. Todo lo que siempre había deseado. Regalo de papá por mi último cumpleaños.

Lo primero que hice tras encender el motor fue conectar mi móvil a la radio. Saltó inmediatamente la última canción que había estado escuchando. *Work from Home*, Firth Harmony.

La dejé sonar y salir del camino de tierra que conducía a mi casa. Mi padre y mi madre habían comprado esta casa cuando yo nací, hacía casi dieciocho años. Era un chalé de tres pisos a primera línea del bosque. No había vecinos. Ésa la razón de haberla elegido, mi padre odiaba el ruido de la ciudad. Le ponía histérico.

A mi me gustaba nuestra casa. Era hermosa en muchos sentidos.

Dejé atrás el camino de tierra para entrar en la carretera que conducía a la ciudad y por lo tanto, al instituto. Un zumbido interrumpió la canción. Me estaban llamando. Puse el manos libres sin separar los ojos de la carretera.

-A ver si lo adivino... ¿Has vuelto a perder el bus?- fue lo primero que dije, sabiendo de ante mano quién sería. Mi mejor amiga.

-¿Lo siento?- supe sin necesidad de verla que se estaba encogiéndose de hombros, sonriendo sin una pizca de cupalbilidad.- Anoche me quedé despierta hasta tarde haciendo los arreglos de una canción y no he escuchado el despertador.

-Recuérdame que te compré uno nuevo por tu cumpleaños, uno de la misma tienda en la que mi madre compró el mío. Créeme, no habrá forma

humana de que vuelvas a quedarte dormida.

-Muy considerado por tu parte.

-Estoy allí en cuatro minutos y medio.- dije antes de cortar.

Recoger a Nicole se estaba convirtiendo en una rutina. Ella aún no tenía carnet, por lo que iba a clase en bus. Ella lo detestaba. Juraba que olía a excrementos de topo y pis de gato, que los asientos estaban cubiertos de chicle y los asideros resbalaban de una forma asquerosa. Así que muy convenientemente siempre tenía excusa para perderlo. Y yo la recogía encantada. Además, su casa me pillaba de camino al instituto.

La divisé esperándome en la acera. Llevaba su cabello rojizo y corto despeinado, un vestido de lana blanco y beige junto con unos botines marrones. De su cuello colgaba un amuleto en forma de búho. Se subió al coche y me sonrió.

-Buenos días, ¡qué mona!- exclamó al mirarme.- ¿Cosa de Zoey?

-¿Por qué todos decís lo mismo?- reí. Ella me lanzó una mirada divertida y admití- Sí, es cosa de Zoey.

Como cada día, Nicole cogió mi móvil y buscó una canción que acompañara a su estado de ánimo.

-¿*Pocket full of Sunshine*? ¿Así de mal ha empezado el día que necesitas una dosis de optimismo?

-Es culpa de mi hermano.- gruñó.

No hizo falta decir más. Nicole y su hermano mayor tenían una de esas relaciones amor-odio, típicas de los hermanos. Hoy era un día de odio. Probablemente esta noche se amarán de nuevo y verían alguna película juntos. Siempre era igual.

No me preocupé más y comencé a cantar, incitándola a hacerlo conmigo, para alegrarla. Pronto llegamos a la escuela. Aparqué lejos de la puerta, porque no había muchos sitios a esta hora. Llegábamos justas de tiempo. Para variar. Nos bajamos de coche y ella se despidió de mí con la mano antes de salir corriendo hacia su clase de latín.

Yo tenía literatura. Podía ir tranquila, la profesora solía retrasarse más de cinco minutos.

De camino al bloque B, donde estaba mi aula, me paré en el pasillo de las taquillas, que ya estaba casi desierto. Cambié mi libro de álgebra avanzada por el libro de lectura que nos tocaba este

semestre. Moby Dick, Herman Melville. Interesante... si no lo hubiese leído ya. Mi padre era un maniático de la lectura, de verdad, tenía un serio problema. Prácticamente me había obligado a leerme una colección de obras que él consideraba "básica e imprescindible" para una estudiante. Ahora estaba haciendo lo mismo con Zoey.

Sacudí la cabeza mientras pensaba en eso. Tenía un casco colgando de mi oreja y en el otro oía sonaruna canción de Britney Spears. Una mano apareció de la nada, tomó uno de mis cascos y se lo llevó a la oreja.

Alcé la vista para encontrarme con los ojos oscuros de Brian. Mi segundo mejor amigo.

-¿No es esto un poco provocativo para ti?- se rió. -Aunque admito que tu voz versionando a la princesa del pop debe sonar guay.

-Podría considerarlo.- le devolví la sonrisa.- ¿Has visto a Nate? Necesito que me devuelva el pen que le dejé.

-No, no le he visto esta mañana.- respondió Brian, mientras cerraba mi taquilla y comenzábamos a caminar.- No habrá venido. Si hubiese venido, yo lo habría notado.

Sonreí para mis adentros. Nate era el amor platónico de Brian desde... que empezamos el instituto, probablemente. El problema residía en que Nate era hetero. Básicamente. Según Brian, ése era el drama de su existencia. En fin.

-Bueno, cuando le veas dile que le estoy buscando.- sonreí.- Así ya tienes una excusa para hablar con él.

Brian puso los ojos en blanco. Subimos al pasillo de arriba, donde estaba nuestra clase. Por el pasillo, para nuestra desgracia, nos cruzamos con el director Joam.

-Oh, porras.

-Señorita Catherine, señor Brian, creo que deberían estar ya en su clase, ¿no creen?

Ninguno respondimos. En ese momento una voz llamó al director desde nuestra espalda. Era la jefa de estudios, la señora Miller. A su lado venía una joven de nuestra edad que no había visto en mi vida. Y creedme, si así fuera, la recordaría.

Era una joven rubia, de pelo largo y rizado, de piel pálida y profundos ojos oscuros. Me di cuenta de que tenía los ojos de un color marrón oscuro y rojizo que me recordó al color burdeos de mi jersey. Nunca había visto

una mirada más... ¿intimidante? Sin embargo la joven lucía una perfecta sonrisa blanca y unos agradables hoyuelos en las mejillas. Agarraba con ambas manos su mochila, una bandolera gris que le colgaba sobre su hombro. Inmediatamente pensé en una de esas modelos de Victoria Secrets que mi hermana veía en los videos de desfiles de Youtube.

-Señor Coppens, le presento a la señorita Aeryn Cardew. Ella y sus tres hermanos acaban de mudarse y comienzan hoy sus clases. El resto de los Cardew ya están situados en sus respectivas aulas.

-Estupendo, encantado de conocerla, señorita Cardew.

-Un placer.- contestó la joven. Su voz era hermosa, con un acento inglés un tanto marcado.

-Permítame que la acompañe a su clase.- después pareció recordar que Brian y yo seguíamos allí, por lo que comentó.- Señores, vayan a sus clases sin más demora.

-Sí, señor.- dijimos a la vez, mientras comenzamos a alejarnos.

Al pasar junto a la chica, Aeryn, me susurró:

-Me gusta esa canción.

¿Cómo había escuchado desde allí el susurró de *Touch and Go* de Ed Sheeran si mis auriculares apenas tenían sonido? Sacudí la cabeza, dejándome arrastrar por Brian hacia nuestra clase, sin que me diera tiempo a responderle nada.

Cuando estuvimos lejos, Brian comentó.

-G-u-a-u.

-Pensé que eras gay.- reí.

-Ahora lo estoy considerando.- rió por lo bajo.

-Era muy guapa.- le di un codazo.- Los mismo es cosa de familia y sus hermanos también lo son. Quizás tengas suerte.

Sus ojos se agrandaron al oírme y me devolvió la sonrisa.

-Eso espero.

Entramos a clase de Literatura, tarde, como era de esperar. La profesora no nos prestó mucha atención, aunque nos dedicó una mirada de reproche

por la interrupción y nos preguntó más de lo debido durante la clase, aunque no hubiésemos levantado la mano para responder. De nuevo, haberme leído Moby Dick unos años atrás me salvo la vida. Gracias, papá.

Sin embargo, una parte de mí se había quedado pensando cómo había sido capaz esa chica de escuchar la música que repicaba en mis oídos a un volumen de 20%, tal y como comprobé minutos después. Quizás era mi culpa, probablemente me estaba quedando sorda de estar todo el día con los cascos puestos.

En fin.

Salimos de clase y me despedí de Brian, que ahora tenía Historia. Yo caminé alegremente hasta mi clase de matemáticas. No es que me apasionaran, pero se me daban bien. Solía sentarme detrás porque el profesor estaba algo cegato y solía sacar a la pizarra a los alumnos de la primera y segunda fila. Me gustaban las mates, pero pasaba de salir a la pizarra. Atravesé la puerta y me deslicé detrás, en un asiento junto a la ventana. No se podría decir que estuviese iluminado, porque para mi desgracia, hoy estaba nublado. Siempre estaba nublado.

Estaba perdida en mis cosas, pensando en largos paseos por la playa y en el lugar de nuestras próximas vacaciones, por lo que no oí al profe entrar, ni tampoco vi quién le acompañaba ni el revuelo que eso había causado entre mis compañeros. No hasta que el profesor dijo:

-Chicos, estos son Aeryn, Jackson y Alexander Cardew. Son nuevos en la escuela, así que espero que les deis una buena acogida. Bienvenidos a mi clase. Tomad asiento donde podáis, por favor.

Levanté la cabeza inmediatamente. Así que estos eran los hermanos Cardew. Recordé que la jefa de estudios había dicho que eran cuatro hermanos, por lo que uno de ellos debía estar en otra clase. Contemplé a los dos chicos, pues a Aeryn ya la había visto aquella mañana. El que el profesor había señalado como Jackson era un chico alto, de cabello claro como el de su hermana y unos ojos verdes que podía ver desde donde me encontraba, por lo brillantes que eran. Qué envidia, pensé al verlos. Yo tenía los ojos de un triste marrón claro. Aparte de eso, me di cuenta de que era guapísimo. Joder, casi más que su hermana. Brian iba a estar feliz. Otro chico guapo al que fichar. Llevaba una alegre sudadera roja y unos vaqueros, de lo más normal.

Después mis ojos se volvieron hacia Alexander. Cabello oscuro, piel tan pálida como la de sus hermanos, algo más bajo que Jackson, pero no mucho. Nariz perfecta, labios perfectos. ¡Vaya maravilla de genes! Desde mi posición no podía verle el color de los ojos. De lo que si me percaté fue de su postura desenfadada, de cómo le colgaba la mochila de un hombro,

de que llevaba una mano en el bolsillo. Se le notaba relajado. Vestía unos vaqueros oscuros y un jersey beige sobre una camisa blanca, de la que sólo se veía el cuello.

Aeryn le dio las gracias en ese momento al profesor y se movió hacia el fondo de la clase, donde se sentó junto a su hermano Jackson. Alexander examinó los asientos y se dio cuenta de que a mi lado había un sitio vacío. Se dirigió inmediatamente hacia él.

Se percató también de mi mirada e intenté sonreír entonces.

-¿Puedo?- preguntó antes de mover la silla.

-Claro.- Mantuve la sonrisa.

-Señorita Winslet, ¿podría compartir su libro con el señor Cardew hasta que podamos conseguir otro ejemplar? - interrumpió en ese momento el profesor, refiriéndose a mí.

-Sin problemas.- asentí.

-Y, señorita Winslet... la boina, lo prometió.

Me lo dijo con una sonrisa. La última vez que me mandó quitármela formé un debate en la clase y tras exponer mis razones para conservarla, él me expuso las suyas para refutarme. Al final él ganó la disputa y accedí a quitarme la boina en sus clases. Puse los ojos en blanco pero le hice caso. Guardé la boina en la mochila de un tirón, mientras sacaba el libro de mates y lo ponía entre Alexander y yo.

El profesor comenzó entonces a dar su clase por donde la habíamos dejado el día anterior. Abrí el libro por la página, pues la tenía marcada, y le señalé a Alexander el título del tema con el bolígrafo. Él estaba sacando de su mochila un cuaderno negro y un par de bolígrafos. Cuando giró la cabeza hacia mí fue cuando me percaté de la belleza de su rostro... y del color de sus ojos.

Eso era...¿lila? No era azul, pero tampoco era violeta o morado. Tuve que parpadear para dejar de mirarle y no quedar como una completa estúpida, pero comenté en voz baja:

-Bonitos ojos.

-Gracias.- me dijo de vuelta. Tenía un voz profunda y por todos los cielos, tremendamente seductora. Se notó que se estaba riendo de mi reacción. Supuse que no era la primera sorprendida por sus ojos.

-¿Controlas de geometría en el espacio? - le pregunté entonces, cambiando de tema, refiriéndome al bloque de mates que estábamos estudiando.

-Algo.- seguía sin quitar esa sonrisilla de suficiencia. ¿Por qué tenía que tener una sonrisa perfecta también?

Cuando Nicole los viera, montaría un drama sobre lo guapísimos que eran los nuevos.

-Bien, así no te perderás en las profundidades de las ecuaciones del plano. Habría habido una catástrofe mundial si yo hubiese tenido que explicártelo.

Sin disimulo ninguno, Alexander le echó un vistazo a mi cuaderno, donde había algunos ejercicios resueltos.

-No parece que te desenvuelvas nada mal. -comentó.

-Y no lo hago. Pero se me da muy mal explicar las cosas a los demás.

Alexander asintió y se volvió hacia el profesor, que estaba explicando un ejercicio en la pizarra. Se echó hacia atrás en el asiento, desganadamente. Me echó una mirada de reojo.

-Bonito pañuelo.- comentó de repente. Me mordí la mejilla por dentro para no sonreír como una idiota y respondí con un simple gracias. Al ver que no iba a decir más, comentó de nuevo.- No me has dicho tu nombre.

-Catherine.- sonreí.

-Alex Cardew.

Me di cuenta de que pretendía entablar una conversación conmigo, así me volví un poco hacia él, así podría mirarle mientras.

-¿De dónde sois? Tenéis acento inglés.

-De un pueblo pequeño cerca de la frontera de Inglaterra con Escocia.

Asentí. Me parecía un lugar bastante alejado.

-¿Y cómo es que os habéis mudado hasta Oregón?

-El trabajo de mi padre.

Asentí de nuevo.

-¿Tú eres de aquí?

-Nací en Alaska, pero poco después de mi nacimiento mis padres se mudaron aquí y ya no se volvieron a marchar. Bueno, mi padre viaja mucho, constantemente, pero nosotras nos quedamos aquí.

Sabía que estaba dando más información de la necesaria, pero intentaba ser amable. Y él no parecía estar incómodo. Más bien al contrario, me incitó a seguir:

-¿Tú y tu madre?

-Y mi hermana menor, sí.- asentí y sonreí al pensar en mi hermana.- Una pequeña marisabidilla, si lo preguntas.

-Bueno, ¿y qué tal se vive por aquí?

Fruncí un poco el ceño.

-Emm... La comunidad es bastante abierta y agradable. Si buscas un lugar tranquilo donde criar niños, este es el sitio. Ahora, para gente de nuestra edad.... más bien es aburrido. El centro comercial más cercano está a veinte minutos por carretera, la biblioteca está poco provista de novedades literarias, la única tienda de música es una tienda de discos de vinilo y bueno, quitando el pub/discoteca que sólo abre los fines de semana... Eso es todo.

Justo cuando Alex iba a responderme, la voz del profesor le interrumpió.

-Señorita Winslet baje el volumen, o coméntelo con todos los demás, por favor.

Sonreí.

-Lo siento, señor. Estoy intentando explicarle a Alexander como hallar la ecuación segmentaria del plano que pasa por los puntos A, B, y C que usted acaba de poner en la pizarra. Al parecer anda un poco perdido con el temario.

-Bueno, señor Cardew, venga entonces aquí a la pizarra. Así lo entenderá mejor.

Al ver la cara de Alex y la mirada que me lanzó, tuve que reírme por lo bajo. Acababa de meterle en un lío sin querer. "Lo siento" le susurré antes de que se levantara del asiento. Él sólo puso los ojos en blanco y se dirigió a la pizarra. Sentí que alguien me estaba mirando, y me volví para ver la

mirada de Aeryn y la de su hermano clavadas en mí. Intenté dedicarles una sonrisa. Ella me la devolvió, saludándome con la mano al comprender que era la chica del pasillo. Jackson sin embargo, fruncía el ceño y le susurraba algo a su hermana, demasiado bajo para que nadie le comprendiera.

Me había distraído un poco, pero volví a mirar a Alex cuando escuché como el profesor le felicitaba por haber resuelto bien el ejercicio.

-Lo he comprendido mejor gracias a la ayuda de Catherine.- dijo él, siguiéndome la corriente en la mentira que había creado para cubrirnos.

-Quizás debería convertirse profesora, señorita Winslet.

-Ni en sueños.-mascullé, por lo bajo, mientras veía como Alex Cardew volvía hacia su asiento, a mi lado.

-Gracias por seguirme el juego y lo siento.- dije en seguida, bajito.

-No te preocupes, Catherine.

-Llámame Cat.- dije entonces.- Sólo mi padre me llama Catherine.

En mi mente sonó el "*Llámame Patch. lo digo en serio. Llámame*" Ya quisiera yo que un chico tan guapo como Alex me llamara. Mi mente se reía mientras yo desviaba la mirada hacia el frente del aula, intentando contener la sonrisa que jugaba por salir.

La clase pasó, el timbre sonó y los tres hermanos salieron por la puerta bastante rápido. Alex a penas me susurró un nos veremos. Fui a mi clase de Historia sin pensar mucho. Se me pasó rápido y antes de darme cuenta estaba caminando por los pasillos de la escuela hacia la cafetería, con Hello de Adele como banda sonora. La iba tarareando mientras cogía una bandeja y las camareras servían mi comida.

Me senté en la mesa de siempre, esperando a que llegaran mis amigos.

Nicole fue la primera en llegar. Venía literalmente corriendo. Casi se tropezó con una cáscara de plátano, pero finalmente llegó viva hasta mí.

-¿Están en tu clase?- preguntó, casi sin aire.

-¿Quiénes?

-¿Quiénes puñetas van a ser? ¡Los tíos buenos!

Me reí, fuerte, a carcajadas. Lo sabía. Sabía que Nicole fliparía.

-Sólo en Mates, y no todos los hermanos.- le conté.- Alex, Jackson y Aeryn. Al otro hermano no le visto.

-El otro hermano se llama John, está en mi clase de gimnasia.- dijo entonces Brian, sentándose frente a nosotras.- Creo que es el que está más bueno de los tres.

Puse los ojos en blanco.

-¿Cómo son? Yo sólo los he visto desde la ventana de la clase de Arte.- refunfuñó Nicole.

Brian comenzó a hacerle una descripción detallada de los Cardew. Yo sacudí la cabeza y me dispuse a comer. Aparté los guisantes a un lado y comencé por las patatas cocidas. Al levantar la vista para comprobar si mis amigos seguían con lo mismo, los vi. Los cuatro hermanos Cardew estaban entrando en la cafetería justo en ese momento.

-Nicole, sólo gírate.- dije.- Verlos es más productivos que cualquier descripción de Brian.

Mi amiga me hizo caso sin pestañear.

-Oh...Dios mío, ¡gracias!- fue lo primero que exclamó, volviéndose a mirarme con los ojos como platos y la boca entreabierta.

Yo no podía dejar de reír. Mientras lo hacía, mis ojos se encontraron con los de Alex. Le saludé con la mano tímidamente, intentando controlar mi risa. Él simplemente me dedicó una sonrisa ladeada antes de ponerse en la cola de la cafetería.

-¿Eso era ti?- exclamó Brian a mi lado, apretándome el brazo.- ¿Te ha sonreído a ti?

-Quita ese tono acusativo, vaquero.- me adelanté.- Eso es lo que hace la gente normal cuando la saludas.

-¿Y por qué le saludas?

-¿Por qué se ha sentado conmigo en mates? - contesté, irónica.

-Oh.

Puse los ojos en blanco de nuevo. Últimamente lo hacía a menudo.

Nicole seguía absorta.

-Tierra llamando a Nicole.- mascullé.- ¡Nicole, baja ahora mismo de tu país de los tíos bueno!

-¡Perdón, perdón!- exclamó, enfocando de nuevo los ojos en mí.- Es que el chico rubio es muy guapo. ¡Y qué ojos verdes!

-Ese es Jackson.- la informé.- Pero deja de babear sobre tus guisante, Nicole.

-Si esto sigue así, habrá que ponerle un babero.- masculló Brian.

Ella nos miró con un mohín.

-Sois unos aguafiestas.

Dejó entonces de mirar hacia los Cardew y empezó a prestarme atención.

-Halloween.- dije, para atraer la atención de los dos.- ¿Habéis pensado algo para el show de ese finde?

-El mashup que terminé de arreglar anoche es para eso, y ya dijimos que la versión aquella de *Thriller y Heads Will Roll* y la canción de *Monsters* de Ruelle eran perfectas. Tu y yo somos capaces de hacer las voces principales y Nate desde la caja de sonidos puede hacer el resto de voces. Sólo queda la coreografía, de la que tú te encargabas.

-Vale, ya casi está.- sonreí.- ¿Ensayo en mi casa el domingo?

-Perfecto.

-Brian, ¿cómo va la animación? ¿Tienes la lista de juegos y todo eso?

-Todo listo jefa.- me sonrió mi amigo.- Te los mando esta noche por e-mail.

-¿Hablaste con el señor King sobre los decorados del local?- pregunté de nuevo.

-Tenemos presupuesto suficiente, Quinn lo va a comprar todo.- dijo Nicole.- Me llamó anoche para preguntar si preferíamos calaveras flotando o esqueletos.

-¿Y qué dijiste?

-Que los dos.

Me reí.

-Esperemos que salga bien...- suspiré.- Es la primera fiesta que nos dejan hacer a nuestro gusto. Esta noche acabaré los carteles y pronto todo estará cubierto de ellos.

-¿Nerviosa?

-¿Tú no?

-Cat, lo hacemos todos los viernes noche desde hace ya un año. Sólo es otro día de trabajo más. Tu y yo encima de ese escenario, haciendo reír, cantando, bailando, y cobrando por ello. Relájate. - Nicole me guiñó un ojo.

Decidí cambiar de tema.

-Mi madre cree que estoy mejorando mis altos.

-Ella es la músico... si ella lo dice.- sonrió Nicole.- Canta un poco a ver.

-Luego.- le indiqué señalando la cafetería en la que nos encontrábamos.

-Cómo si a ti te hubiese avergonzado alguna vez cantar en público.... - Lo dijo poniendo los ojos en blanco, pero lo dejó pasar ésta vez.

Mientras terminábamos de comer, se me ocurrió fijarme en el cuarto de los hermanos Cardew, a quien no había prestado atención a penas. John había dicho Brian que se llamaba. Busqué a los hermanos con la mirada, consciente de que no sabía dónde se habían sentado pues no había estado atenta. Los localicé al otro lado de la cafetería, los cuatro sentados juntos, charlando animadamente. John llamaba la atención igual que sus hermanos. Era alto, incluso sentado lo noté. Cabello dorado y un poco más largo que sus hermanos, más oscuro que el de Jackson o Aeryn. Piel pálida, espalda ancha, brazos musculosos, semblante serio. Estaba mirando su plato, dándole vueltas a los guisantes de un lado a otro. Me percaté de que parecía sentirse... ¿Miserable?

Mientras contemplaba a John, otros ojos se cruzaron en mi camino. Alexander Cardew.

Su mirada me atravesó. Mierda, me había pillado observándoles. Intenté apartar la mirada, pero no fui capaz. Era como si me hubiese atrapado con sus ojos de aquel color tan extraño y frío. Intenté sonreír.

Ésta vez no me devolvió la sonrisa.

Porras.

Nicole me llamó e hice el esfuerzo de girarme hacia ella, separándome de aquella extraña trampa que eran los ojos de Alex.

-Cat, ¿estás bien? Luces algo pálida.

Intenté sonar normal.

-Siempre estoy pálida, eso no es novedad.

-En fin, lo que te decía.- comentó.- Mi hermano viene a recogerme después de clase. Bien por ti, no tendrás que llevarme a casa hoy.

Me reí.

-Menos mal, ya estaba por empezar a cobrarte la gasolina aparte.

El timbre que indicaba que debíamos volver a clase sonó mientras yo tiraba en la basura el contenido de mi bandeja. Recogí mi chaqueta y mi mochila, me despedí de mis amigos y me coloqué mis cascos de nuevo.

A ritmo de *Lush Life* de Zara Larsson me dirigí hacia mi clase de Filosofía.

Capítulo 3

2. ALEXANDER

—Odio las mudanzas.

Aquella cantinela no era precisamente novedosa. Aeryn llevaba semanas quejándose abiertamente de que nos hubiésemos mudado de nuevo. A pesar de los años que llevábamos viajando de un lado a otro, ella seguía aborreciendo cada cambio.

— ¡Deja de quejarte, rubia! —La risueña voz de Jackson llegó a nosotros desde el interior de la casa.

—Todos sabemos que en cuanto te pongas a diseñar y pintar las nuevas habitaciones, se te pasará —comenté yo, sacando otra caja del coche y dándosela a Aeryn, pues llevaba su nombre elegantemente escrito en tinta negra en un lateral.

Mi hermana puso los ojos en blanco con evidente fastidio, pues sabía que en el fondo yo tenía razón. Nunca había estado mucho tiempo de mal humor. Generalmente siempre se integraba con facilidad y encontraba en cada uno de nuestros destinos un lugar del que encariñarse. Sin soltar la caja, Aeryn cogió un caballete que sobresalía entre otros trastos y un cubo azul cargado con frascos de aguafuerte y se giró para entrar en nuestra nueva casa, refunfuñando cosas ininteligibles. Nuestro padre, que venía acompañado de John, se cruzó con ella en el umbral y le tiró de un mechón de pelo de forma cariñosa.

—Vamos, pequeña, alegra esa cara. Ya deberías saber que es solo cuestión de trabajo.

—Con vosotros, siempre es cuestión de trabajo —se quejó ella, haciendo un mohín, antes de comenzar a subir las escaleras.

Mi padre observó la espalda de Aeryn un segundo más de la cuenta, luego se volvió hacia John y hacia mí, encogiéndose de hombros. Los tres sabíamos que, en realidad, ella tenía un punto de razón. Nuestra vida siempre giraba en torno al trabajo, aunque ahora mismo John y yo hubiésemos dejado temporalmente la Guardia.

—Hablaré con ella —interfirió John, desapareciendo detrás de Aeryn en el interior de la casa.

—No te preocupes, papá —comenté cuando éste se acercó a mí para echar una mano con lo que quedaba de cajas—. En el fondo, Aeryn sabe que no depende de nosotros. No podemos ignorar las órdenes de la Torre Central.

—Aunque suelan ser bastante enigmáticas —agregó Jackson, uniéndose a nosotros con un ágil salto desde la ventana de su dormitorio, en el segundo piso.

—La Corte siempre lo es —le recordó nuestro padre—. Aunque las órdenes que envían a vuestra madre a esta zona vienen directamente de arriba.

Jackson y yo compartimos una mirada. Los dos conocíamos suficientemente bien cómo funcionaba nuestro mundo como para saber que los quehaceres secretos entre una Depredadora y su rey no eran de la incumbencia de nadie, ni siquiera de soldados como nosotros, pero no por ello dejábamos de preguntarnos por qué nuestro padre había dejado abruptamente su investigación en Inglaterra y habíamos sido enviados con tanta celeridad a Tillamook. La ciudad era pequeña, apenas un pedazo minúsculo en nuestro territorio. Un lugar insignificante en muchos sentidos, alejado además de las fronteras problemáticas. Ni John, ni Jackson, ni yo mismo podíamos entender qué se esperaba de nuestra madre aquí. Sin embargo, Sarah Cardew no acostumbraba a dar explicaciones. Ella desaparecía recurrentemente sin decir a dónde se dirigía ni el tiempo que tardaría en volver.

— ¿Qué harás tú mientras estamos aquí, papá? —preguntó Jackson mientras cogíamos las últimas cajas y las apilábamos cuidadosamente junto al resto en lo que pronto sería nuestra sala de estar—. ¿Seguirás investigando sobre los efectos secundarios del veneno ese, el Navmej?

—Por ahora, creo que no. No es un asunto urgente. —La sonrisa de mi padre se agrandó—. He pensado tomarme unas vacaciones durante el tiempo que estemos aquí. ¿Y vosotros? ¿Cómo ha ido el primer día de clase?

—Extraño en realidad —confesó Jackson—. Han pasado años desde la última vez que tuvimos que vivir tan cerca de los humanos. Todo aquí parece tan…

— ¿Pueril? ¿Trivial? —aventuré yo, alzando las cejas.

—Insignificante.

Sin que ni Jackson ni yo pudiésemos reaccionar a tiempo, mi padre nos dio a cada uno un coscorrón bastante fuerte en la nuca. Nos lanzó una

mirada seca antes de sacudir la cabeza.

—Los humanos no son insignificantes. Ni nosotros, superiores. ¡Por la Madre, parece mentira que precisamente vosotros digáis esas cosas! ¿Es que no habéis aprendido nada de nuestra historia, de mi pasado o de lo ocurrido con Angelica?

Jackson se frotó la nuca despreocupadamente, sin borrar la sonrisa. A mi hermano menor había pocas cosas que en realidad pudiesen alterar su apacible estado de ánimo.

—No me refería a los humanos, papá. Claro que aprendimos esa lección hace tiempo. Me refería al tipo de problemas que rodea la existencia de esas criaturas tan jóvenes. Viven en total ignorancia de la crudeza que se mueve en la oscuridad del mundo en el que habitan.

—Afortunados ellos que pueden vivir ajenos a la Oscuridad, hijo. —Mi padre suspiró, perdiendo la mirada en un punto que solo él podía ver en realidad—. Quizás sea bueno que viváis un tiempo aquí, rodeados de esta multitud con problemas "insignificantes". Lleváis demasiado tiempo rodeados de la magnificencia de la Ínsula y la batalla. Sí… será bueno para vosotros.

Y con aquellas palabras, nuestro padre abandonó la sala dejándonos solos. Fruncí el ceño, intrigado por sus palabras. Es cierto que en los últimos cincuenta años habíamos estado rodeados de otros como nosotros, pero ¿significaba eso necesariamente que habíamos perdido la sensibilidad ante lo mortal y olvidado el verdadero sentido de nuestra existencia?

Mi mente voló a aquella misma mañana mientras subía hasta la estancia que había elegido para mí. Si quería ser sincero conmigo mismo, era verdad que los pensamientos que habían pasado por mi mente durante la primera hora habían sido injustos. La zona, el instituto, el rutinario procedimiento y los comentarios de los demás alumnos al presentarse me habían hecho sentir extrañamente cómodo y en cierto modo, desilusionado. Lo predecible era aburrido.

Sin embargo, en aquella clase de Matemáticas, algo había sido diferente.

Lo había sentido en el aire antes de entrar. Un efluvio, tan leve y suave como el aleteo de un pájaro. No sabía explicar qué era, pero me sentí en guardia cuando contemplé el aula. Nada parecía fuera de lugar, pero el olor seguía allí, haciendo cantar la sangre en mis venas. Nunca había sentido algo así, no obstante, no podía quitarme de la cabeza la idea de que algo de aquella sensación me resultaba familiar.

No fue hasta que me senté al fondo de la clase que me percaté de cuál era la procedencia del olor. Observé de reojo a la chica con la que compartía mesa. Nada en ella era diferente y su primer comentario me lo demostró. “Bonitos ojos”. ¿Cuántas veces había escuchado aquella misma frase en la última semana? Sin embargo, estaba seguro, ella emitía el suave aroma que me tenía desconcertado. Observé durante toda la hora, curioso, a aquella joven de cabello dorado que escondía la mirada detrás del ala de una boina y acompañaba cada frase con una sonrisa que aparentemente era sincera, aunque no me atrevería a jurarlo, ya que la muy pilla había sido capaz de mentir descaradamente sin que su sonrisa vacilara. Debía admitir que aquello me había resultado gracioso, pero nada que justificara el extraño latir de mi corazón por la cercanía de su presencia.

Después, en la cafetería, había sucedido de nuevo.

Tantos humanos, tantas voces y olores diferentes, pero el suyo sobresalía claramente y no entendía por qué. Su normalidad era evidente. En la distancia, escuché su conversación con sus amigos, buscando en su voz algo que justificara su efecto en mí. No encontré nada.

No me atreví a comentar aquello con mis hermanos a pesar de saber que, posiblemente, alguno de ellos supiese explicarme qué era lo que sentía. Ahora, en la soledad de aquel cuarto de paredes azules, fui consciente de la razón de mi silencio.

No quería sentir lo que sea que era aquello, no por una humana.

Parpadeé, sorprendido. ¿En qué momento aquel sentimiento de superioridad había calado tan profundo en mi interior? Nunca me había sentido del todo cómodo con los humanos, eso era verdad. Sin embargo, pensé que la relación entre John y Angelica había cambiado mi percepción inicial. Había llegado a querer a Angie como a una hermana. Entonces, ¿por qué…?

Chasqueé la lengua, incómodo con la dirección que estaba siguiendo mi mente. Yo no era así. O al menos, no creí serlo. Mi padre tenía razón, vivir en la Ínsula, rodeado de la grandiosidad que acompañaba a mi posición de general en el ejército se me debía de haber subido a la cabeza más de lo que creía.

Me incliné hasta quedar apoyado en el alféizar de la ventana abierta para observar el sol caer entre los árboles y la forma en que la luz se desvanecía para dar paso a las tinieblas.

Mañana me esforzaría por ser imparcial. Escucharía e intentaría comprender mejor. Mañana pondría de mi parte para ser justo y darle

una segunda oportunidad al mundo humano.

Quizás, de ese modo, lograría comprender qué se ocultaba detrás del penetrante efluvio que se desprendía de la piel de Catherine Winslet.